



CAPITULO PRIMERO

Comité de Salud Pública (Abril del 93)

Creación del Comité de Salud Pública (6 de Abril).—La Convención excluye á los girondinos y á los jacobinos.—Las maquinaciones de los Jacobinos contra la Convención.—Los Jacobinos neutralizan la fuerza de los dantonistas.—La historia de los brissotistas, por Camilo Desmoulins.—Indagatoria de Robespierre contra la Gironda.—Respuesta de Vergniaud (10 Abril).—La Revolución por el amor.—La Gironda consigue la acusación de Marat (12 Abril).—La Montaña defiende á Marat.—La Comuna pide la proscripción de los girondinos. Fonfrede y el llamamiento al pueblo.—La Montaña desautoriza la petición de la Comuna.—Danton y Robespierre.—Aquél abandona sus principios.—Vergniaud (30 Abril) demuestra que el llamamiento al pueblo salvará á la Gironda pero perderá á Francia.—La Convención condena la demanda de proscripción de la Comuna contra la Gironda.

Es fácil adivinar el terror que se sentiría en París cuando se supo que Dumouriez había arrestado á los representantes de la Convención. Todo el mundo creyó lógicamente que Dumouriez no habría aventurado semejante golpe á no contar con la absoluta adhesión del ejército. Se creyó que Dumouriez estaba de acuerdo con algunos gobernadores de plazas, fuertes y en inteligencia con algunos individuos de la Asamblea.

Marat y Robespierre por toda medida quisieron que fuera arrestado Brissot.

El comité de Defensa, que ellos llamaban ultrajándolo un *consejo de Dumouriez*, estuvo muy lejos de salvar á la patria. Los girondinos y dantonistas se comprendían y obraron de acuerdo.

Este comité, por Isnard decretó la creación de un *comité ejecutivo*, comité de *Salud pública*. Se componía de nueve individuos, deliberaba en secreto, vigilaba, aceleraba la acción del ministerio, pudiendo en caso necesario suspender los arrestos. Caso de urgencia el comité comunica-

ba sus órdenes á los ministros. Este comité era un rey en realidad, renovado mensualmente y que cada semana daba cuenta de sus actos á la Convención. Esta no conservaba de poder más que las llaves del Tesoro público. La tesorería se había convertido en dictadura también, la dictadura de Cambon, la dictadura del asignado.

Esta gran institución revolucionaria espantó á mucha gente. Danton calmó á todos estos espíritus pusilánimes. Dijo que en circunstancias tan críticas lo conveniente era agruparse, fraternizar socialmente.

La montaña siguió este impulso con verdadero patriotismo, desautorizando expresamente las palabras de desconfianza que había pronunciado Marat. Sin dificultad la Montaña entrega Orleans á la Gironda cuando esta solicitó su arresto.

Cuantas medidas urgentes reclamó la situación se obtuvieron de los miembros del comité de defensa, así girondinos, como dantonistas.

He aquí algo de lo que se solicitó.

Lasource: «que se tuviera en rehenes á las familias de quienes iban con Dumouriez.»

Fabre: «Enviemos nuevos comisarios al ejército.»—El primero nombrado fué Carnot.

Danton: «Que se acelere la acción de la justicia y se abarate el pan. Que el tribunal revolucionario ejecute sus funciones sin esperar los decretos de la Convención. Pero sobre todo el pan (á expensas de los ricos) que se sostenga á bajo precio.»

Barere dijo que se enviara un ejército á Peronne y que se creara otro para París, ambos al mando de Dampierre, nombrándose ministro de la Guerra á Bouchotte.

Barere fué quien por medio de un discurso obtuvo de la Convención la dictadura necesaria reclamada por los peligros.

Los nueve miembros fueron escogidos entre gente verdaderamente republicana; todos ellos habían votado por la muerte del rey. La mitad eran del centro ó de la derecha, pero no girondinos, si no diputados imparciales que muy frecuentemente votaban con la izquierda: Barere, Juan Debry, Breard y Theilard. Por otra parte, montañeses de los cuales algunos votaban frecuentemente con la Gironda, Cambon, Danton, Lacroix, Delmas, Guyton-Morveau.

La Montaña, en minoría en la Convención, no contaba con mayoría en el comité dictador, pero tenía hombres de mucha fuerza como Danton y Cambon. Un comité organizado por éstos nada podía dejar que desear como energía revolucionaria. Sin que en ellos residiera el espíritu de polémica propio de los jacobinos y girondinos, ellos contenían toda el alma peusante de la Convención.

Cambon, dueño de la Tesorería, única administración sustraída á la fiscalización del comité de salud pública, dividía necesariamente la omnipotencia del mismo. Esta doble parte en el poder indicaba á las claras que Cambon era el hombre de la Asamblea. Desde la izquierda

donde él tomaba asiento dominaba al centro con el beneplácito de la derecha. El representaba la unidad de la Asamblea, pero no una unidad débil, pobre, frágil, sino enérgica.

El carácter notable del Comité de salud pública era que tuviesen ó no el nombre de jacobinos muchos de sus miembros, el espíritu jacobino no tenía representación. Los amigos de Robespierre estaban excluidos pudiendo entrar uno solo y por la dimisión de Juan Debry, un verdadero jacobino, Lindet.

La Convención en la organización del comité de salud pública no se mostró girondino, pero si contrario á los jacobinos.

Parece que se habían apoderado de ella las palabras que pronunció Barere: «Se teme á la dictadura... y hace tiempo que estamos sufriendo una, la dictadura de la calumnia.»

Heridos los jacobinos por esta flecha habían sido postergados. Y ¿era posible de buena fe pasar sin los jacobinos? Contra tantos enemigos coaligados de la Revolución ¿esta no debía aceptar la coalición jacobina?

La Sociedad Jacobina, precisamente por entrar todos sus partidarios en las funciones de la administración desempeñando cargos en todas partes, se hizo débil.

No tenía el mismo grado revolucionario. Intentó por distintos caminos medir sus fuerzas. El 1.º designó por presidente á Marat, apóstol de la anarquía. El día 3 por Marat mismo desaprobó los actos de anarquía cometidos por la sección del Obispado. Excluida del comité de salud pública el día 6. La Sociedad Jacobina emplea desde el 7 al 15 á los mismos anarquistas que reprimió. No quiere detenerse hasta que no haya aniquilado y arruinado al enemigo. Redacta continuamente proclamas violentas y formula peticiones espantosas.

Se sabe perfectamente como se montó esta máquina de las peticiones furiosas. Los delegados de los jacobinos, los agitadores de las secciones aseguraban en cada una de ellas que la petición había sido aprobada por las demás secciones. Si se negaba alguna á firmar, por la noche volvían de nuevo, cuando había poca gente y fatigada, que no sabía ni lo que firmaba siquiera: «Firmad, malos ciudadanos; de otro modo no tendréis vuestro *certificado de civismo*, vuestra cédula, ni vuestro pasaporte.» Para establecer este terror acordaron que los certificados de civismo serían reformables ó mejor dicho, podríanse cambiar. De este modo algunos burgueses timoratos firmaron cuanto les vino en gana á los jacobinos, aun las medidas más violentas. Los más tímidos se convirtieron en feroces terroristas. La máquina de las peticiones comenzó á jugar inmediatamente, comenzando por la sección de Bonconseil, distrito de los mercados, gobernada por un zapatero, convertido en hombre de leyes, Luillier, amigo de Robespierre y candidato suyo á la alcaldía de París.

En las grandes crisis nada hacía la sección sin consultar á Mon-

siur Luillier. La petición quizás dirigida por éste contra los cómplices de Dumouriez, Brissot, Guadet, etc. no fué bien recibida en la Convención. El mismo amigo de Danton, Lacroix, indica que es necesario que esta petición se aclarare por medio de pruebas evidentes.

Los jacobinos tenían un recurso para lograr la adhesión de los dantonistas, para arrastrarlos á su causa. Públicamente mortificaron á Lacroix. Hablaron de arrojar á Fabre de Eglantine como hombre de lujo y de placeres y sospechoso como Lacroix de negocios de mucho dinero. Se aplazó el acuerdo y se les sometió de este modo á una amenaza; sin arrojarlos, pero cerca de serlo.

Ya hemos dicho que Danton poseía dos brazos que le ayudaban, dos plumas brillantes: Fabre de Eglantine y Camilo Desmoulins; éste, fácil á la colera y aquél corruptible y corrompido. La cólera perdió á Camilo. Censurado justamente por Brissot del apoyo que prestaba á jugadores, á gentes indignas, Camilo se volvió contra Robespierre y escribió contra él un libelo que más que otra cosa, causó la muerte de los girondinos, su *Historia de los brissotistas*. Libelo afrentoso, novela cruel en la que se juega el escritor la cabeza atacando á los demás. Camilo lloró después con lágrimas de sangre. Fué en vano. El era el autor. Lo indicaba el estilo. Era indudable.

El delito cometido por el hombre de genio es perdurable como la fama de su autor.

La *Historia de los brissotistas* bien leída no es más que la traducción ardiente, inspirada y cómica de los discursos de Robespierre contra la Gironda. El lazo que une las ideas, la ingeniosa y falsa indagación de hechos que imputa al enemigo, todo está copiado y algunos veces calcado de la obra seria de Robespierre.

Excluidos los jacobinos del comité de salud pública descartaron de sus funciones momentáneamente á Fabre y Camilo que defendían á Danton y á éste lo condujeron al camino de las violencias, donde fué atacado terriblemente por Lasource.

Una segunda petición, la formulada por el mercado de trigos, puso todo en claro. Amenazadora y furiosa englobó en su ataque no solo á la Gironda, si no á la Convención, diciendo que la mayoría estaba corrompida, que era enemiga del pueblo y que formaba una liga para vender la Francia. Suponiendo Robespierre que se formularía esta petición para apoyarla fué á la Asamblea con un volumen de datos y acusaciones. Danton, disfrazando con la audacia el miedo terrible que el acto le infundió, dijo que se adhería.

En el *Monitor* puede leerse la pesada diatriba de Robespierre. Tal es su carácter que ni aun sus partidarios se atreven á nombrarla. Se pregunta uno cuando la lee: «¿Cómo el odio puede transformar de tal modo los sentimientos humanos?» «¿Fué Robespierre realmente tan odioso que creyera en todo lo que ha escrito?» «¿Cómo pudo empapar su conciencia de tanto absurdo?» No se sabe qué pensar.

Acusa á la Gironda precisamente de lo que es su gloria. Primeramente de haber querido la guerra, es decir, de pensar lo mismo que toda Francia, queriendo extender los beneficios de la Revolución por toda la tierra. Segundamente de haber *condenado las matanzas* de Septiembre, los pillajes de Enero. Titula Robespierre á estos hechos «justicia reaccionaria.»

Lo que asombra aun más que la ausencia de corazón es la ignorancia absoluta de la realidad. Acusa en la oscuridad, y al azar da un golpe sobre un hombre que ni siquiera había pensado en él. Por ejemplo, confunde en sus ataques á Miranda y á Dumouriez, juntando al calumniador y á la víctima.

La finalidad de esta diatriba contra la Gironda era pedir el proceso de la reina (esto fué inesperado) y de todos los Orleans, cómplices de Dumouriez. Tan grande fué su odio en aquel momento, que de sus labios brotaron palabras fulminantes. Su rostro expresaba fielmente su doctrina: «La naturaleza habíale condenado á ser el eterno acusador.»

«¿En mi acusación—dice Robespierre—había de citar los nombres de los patriotas Vergniaud, Guadet y otros? Solo cito un nombre, el de Gensonné, que está en relación con Dumouriez. Lo demás sería un sacrilegio...»

Al trabajo inmenso que significa esta indagatoria, respondió Vergniaud con facilidad y brillantez grandes. Sin inconveniente aceptó la responsabilidad de no haber querido la guerra y haber anatematizado Septiembre.

Con una sola palabra destruyó la acusación que colocaba á la Gironda como cómplice de Dumouriez en su proyecto de elevar hasta el trono á los Orleans, cuando todo el mundo sabía que, por el contrario, la Gironda había pedido la expulsión, el destierro de los Orleans, que entonces defendían Robespierre y la Montaña.

En esta memorable improvisación afirmó de un modo indiscutible su fama para lo porvenir, amante del espíritu de concordia, sobre cuyo pedestal aun se le descubre.

«Nos censurais porque somos moderados. Esto nos satisface, porque cuando se grita: *Nada de tregua, nada de paz*, si nosotros aceptáramos ese reto contrarrevolucionario veríais batallar en los departamentos, contra los hombres de Septiembre, á hombres igualmente enemigos de la tiranía y de la anarquía. Vosotros y nosotros pereceríamos consumidos por la guerra civil... Nosotros por nuestro silencio hemos merecido bien de la patria.»

Esto fué como contestación á Danton. En cuanto á Robespierre, Vergniaud recordó al comité de Defensa encargado con Condorcet de la redacción y para cuyo ingreso Robespierre le había hecho á Vergniaud repetidas indicaciones:

«Nosotros somos moderados. ¿Y para el provecho de quién? ¿De los emigrados? ¿De los conspiradores? Sobre estos y aquellos hemos hecho

caer la cuchilla de la ley. Se habla sin cesar de las medidas de rigor que han de adoptarse. Yo también las deseo, pero contra los enemigos de la patria. Yo quiero que se castigue, no que se proscriba. Algunos hombres hacen constar su patriotismo aplicando tormentos, arrancando lágrimas de dolor.

«Jamás he creído que, como los curas, debíamos adoptar procedimientos inquisitoriales en vez de hablar en nombre de la libertad y de la razón. La Convención, punto hacia el que miran sospechosamente todos los ciudadanos, debe adoptar otra actitud para ser el centro de las esperanzas de toda la nación. Se va á conservar la revolución por el terror cuando yo hubiese querido que hubiese sido por el amor.»

Estas admirables palabras conmovieron á la Asamblea, elevándola, transportándola al porvenir. Eran como un canto celeste contra los gritos y miserias de este mundo. No pudo continuar la sesión. Todos los representantes se fueron en silencio, traspasados de dolor.

La Convención, bajo tan profunda impresión, simpatizó con la Gironda. Esta hizo un ensayo de su fuerza. Guadet leyó una proclama incendiaria de Marat y solicitó que fuera arrestado, petición que obtuvo (12 Abril).

Acto grave por muchos conceptos. La proclama no era de Marat. El la firmó como presidente de los Jacobinos. Era, pues, á este cuerpo á quien se atacaba en la persona de su agitador, de su director, de su habitual inspirador.

La proclama decía lo siguiente: «*La Convención traiciona á la patria: hay que exterminar á los traidores.*»

En realidad esto era una llamada al pueblo. Esto representaba un progreso singular en la política de violencia de los Jacobinos. De todos modos lo que se hacía constar en la proclama no pasaba de ser un proyecto, digámoslo así.

La Convención el 1.º de Abril abdicó en principio de su inviolabilidad.

El día 4 la destruyó completamente al pedir el arresto de Felipe Igualdad. Marat fué el segundo golpe tremendo que se infirió á su inviolabilidad.

El día 13 por la noche el llamamiento de Marat ante los Jacobinos, llamamiento á la guerra civil, fué confesado y reivindicado por la Montaña furiosa, presa de ciega ira. Las sesiones de la noche ofrecían generalmente espectáculos como este. De la esgrima de los discursos no se estaba lejos de pasar á la de las armas, víctimas todos de vergonzosos pugilatos. Dos días antes un girondino y un montañés se amenazaron uno con su espada y otro con su pistola.

«Bien, dijo Gensonné. En contestación á vuestro llamamiento al pueblo nosotros nos dirigimos á él también: que se convoque á las *Asambleas primarias*.

Camilo Desmoulin pronunció entonces palabras insensatas: «Ved-

los: comprendiendo que el barco está á punto de sumergirse, van á prender fuego á la pólvora...»

Tales profecías eran muy propias para precipitar los acontecimientos. La Convención, indignada, hizo que circulara por toda Francia la proclama de Marat, y ciertamente se hubiese convocado á las asambleas primarias si la Gironda, creyendo tener fuerza suficiente, no hubiera aplazado la discusión para el lunes siguiente.

La Convención tomó á toda la Francia por testigo desde el momento en que se hizo circular por todo el país la prueba acusatoria. La Comuna y los Jacobinos trabajaron su causa con ahinco durante la misma noche en París. Con el nombre de la Comuna se redacta un documento no vagamente incendiario contra la Convención, si no un ataque violento, preciso, determinado contra la Gironda, documento artificioso, verdadera obra jacobina, calculada en sus efectos.

En este documento no se contenían las palabras imprudentes que hicieron condenar á Marat, pero estaba expresado su espíritu, el mismo de la proclama del general jacobino. En cambio hipócritamente se hacía constar que la mayoría de la Convención era pura, impecable, que ellos no querían suspender su acción política.

«¿Pero la revocabilidad de los mandatarios infieles no es para el pueblo un imprescriptible derecho? ¿El templo de la Libertad será como esos asilos de Italia en los que, cuando los insensatos meten los pies, encuentran la impunidad de sus delitos?»

Robespierre nombraba en su informe á veintidós representantes. La larga enumeración de sus crímenes fué una evidente demostración de las acusaciones de Robespierre en la sesión del 10: Federalismo, llamamiento á la guerra civil, calumnias contra París, complicidad con Dumouriez.

Se pidió que la Asamblea enviara á los departamentos el decreto pidiendo la desautorización de los representantes acusados; de este modo los departamentos mostraban su adhesión á la ley para la revocabilidad de sus diputados.

Este llamamiento á los departamentos tiene un aspecto muy audaz.

La Gironda no acudió á este llamamiento ni la mayoría de los departamentos, ni aun la mayoría en esos departamentos. ¿Qué ocurrió, pues? En cada departamento se sorprendió las firmas de los jacobinos. *La Francia lo quiere*. Los miembros que firmaron el documento dirigido á provincias pretendieron también exponer la voz de París: *París lo quiere*.

El alcalde de París, el cauteloso Pache, que hasta entonces, aun habiéndose pasado á los Jacobinos conservaba íntimas relaciones con su amo y señor la Gironda, esta vez no tuvo más remedio que dejarse arrastrar por la precipitada corriente de los jacobinos.

El presidente recordó que los peticionarios debían firmar la peti-